

También el hermano del príncipe elector, el margrave Juan de Brandeburgo, al cual visitó Commendone desde Berlín en Beeskow, recibió al nuncio con gran cortesía, pero le dió una respuesta todavía más duramente negativa que la de Joaquín II (1). El hijo del príncipe elector de Brandeburgo, al contrario, el arzobispo de Magdeburgo, Segismundo, a quien Commendone entregó en Berlín la bula y un breve del Papa, prometió ir pronto a Trento; dijo que acudiría al Papa con la mayor confianza, para pedirle consejo y ayuda en sus negocios eclesiásticos. El príncipe que dió estas solemnes seguridades, era ya entonces secretamente protestante, y antes de que hubiera transcurrido un año, se adhirió también públicamente a la confesión de Augsburgo.

El 3 de marzo terminó la permanencia de Commendone en Berlín. En su despedida Joaquín II le entregó una respuesta cortés al breve del Papa. El príncipe elector, que hasta el fin se deshizo en atenciones, quiso obsequiar al nuncio asimismo con preciosos regalos. Commendone le rogó que desistiera de ello y le otorgara más bien otras dos gracias, a saber: la promesa de leer las controversias de Hosio «Confesión de la fe católica» y restituir a los pobres cartujos que se habían conservado todavía junto a Francfort del Oder, algunas propiedades que les habían quitado. Ambas cosas fueron prometidas.

Por mucho que reconociera Commendone los sentimientos bondadosos y la buena voluntad de Joaquín II para un pacífico arreglo de las contiendas religiosas, no se forjó con todo ilusiones respecto a la actitud de este príncipe en la cuestión del concilio (2). La demanda siempre reiterada por el príncipe elector, de que se otorgara voto a los teólogos protestantes en la asamblea universal de la Iglesia, no podía cumplirse conforme a los principios católicos.

Del 8 al 13 de marzo Commendone permaneció en Wolfenbuttel, con el anciano duque de Brunswick, Enrique el Joven. Este príncipe, que había permanecido fiel a la antigua fe, se declaró dispuesto a enviar embajadores a Trento (3). El 14 de marzo Commen-

(1) La respuesta de Juan de Brandeburgo, fechada a 26 de febrero de 1561, se halla en Sickel, Concilio, 176 s. La excursión a Beeskow efectuóse el 25 de febrero; el 26 se encaminó Commendone a Francfort del Oder, y el 28 volvió a Berlín; v. *Viaggio, loc. cit.

(2) Cf. los pasajes de las cartas alegados por Reimann, p. 259, nota 1.

(3) Cf. Ehses, VIII, 177.

done fué a Hildesheim. No halló allí al obispo de esta ciudad Burcardo de Oberg. También estaban ausentes el duque de Brunswick Erico II y el obispo de Osnabruck. Por eso Commendone entregó la invitación pontificia al concilio a sus consejeros. En Paderborn, adonde Commendone llegó el 22 de marzo, halló finalmente una ciudad que había permanecido todavía enteramente católica. El obispo Remberto de Kerksenbrock prometió que acudiría al concilio, a pesar de su edad. El 26 de marzo entró en Munster. En oposición a Paderborn, en la diócesis de Munster había muchos separados de la Iglesia, sin duda por efecto de la poca solicitud de los obispos anteriores de dicha población (1). Tampoco el prelado que había entonces, Bernardo de Raesfeld, parecía desplegar suficiente celo en el ejercicio de su cargo pastoral. Conforme a esto fué también su respuesta: procuró disculparse por la proximidad de los protestantes y la desobediencia de sus súbditos, si no iba a Trento.

En el viaje a Colonia Commendone tocó en el territorio del duque de Cléveris, donde encontró asimismo muchos luteranos. Mejor aspecto tenía el país del príncipe elector de Colonia, a cuya capital llegó el nuncio a fines de marzo. Se hospedó allí en la abadía de San Pantaleón. Le sorprendieron a él y a sus acompañantes las numerosas iglesias, se decía que había 300, y los ricos tesoros de reliquias de la metrópoli renana. La ciudad no se había mantenido enteramente libre de herejes; pero la diligencia con que el pueblo acudía a las iglesias, produjo, no obstante, una muy favorable impresión en el representante del Papa (2). Commendone renunció a su primera intención de pasar en Colonia la semana santa y sólo después ejecutar sus encargos, cuando recibió la noticia de que estaba convocada para el 20 de abril una dieta de los príncipes electores en Francfort. No debía dejarse de aprovechar esta favorable ocasión de promover la causa del concilio. Se dirigió por tanto el nuncio sin dilación a Brühl, para verse con el arzobispo Juan Gebhard de Mansfeld, afligido por una enfermedad. Pero la respuesta que allí recibió, fué muy desagradable. Al enviarla al cardenal Borromeo, Commendone escribía: «No creo que alguno de los obispos piense en ir a Trento. Los príncipes herejes hacen

(1) Cf. Ruggieri en el *Viaggio de la Biblioteca Chigi de Roma, citado arriba, p. 224, nota 3.

(2) V. Ruggieri, *Viaggio, Bibl. Chigi de Roma.

todo lo posible para impedir su presencia y debilitar de este modo la autoridad del concilio» (1).

Commendone fué a ver al príncipe elector de Tréveris, Juan von der Leyen, en una excursión a Coblenza. Ambos príncipes de la Iglesia se entendieron muy bien y trabaron amistad, aunque Juan hizo resaltar aún más vigorosamente que los demás obispos, la imposibilidad de dejar su pueblo y diócesis a vista de la situación llena de peligros y de la experiencia adquirida en 1552 (2).

En sus conferencias con el arzobispo de Tréveris, cuya diócesis se había conservado todavía enteramente católica (3), Commendone se expresó con gran sinceridad acerca de las tristes impresiones que hasta entonces había recibido en su viaje por la Baja Alemania. «Los negocios religiosos en Alemania — dijo — están ahora de suerte que no se puede diferir más la curación; cuanto más se retarde, tanto será más difícil y peligrosa. El número de los herejes crece de día en día; no sólo han ganado a la mayoría de los príncipes seculares, sino han también contaminado y contagiado los países de los príncipes católicos, así eclesiásticos como seculares, de manera que apenas pueden éstos servirse de sus vasallos u obtener de ellos los tributos acostumbrados y la obediencia debida. Sin duda las fuerzas de los Estados católicos del imperio son todavía superiores a las de los protestantes, y nada hace a éstos tan autorizados y temidos como su exterior unidad; pero en su corazón están muy divididos, y sólo unidos por el odio común a la religión católica y su codicia de los bienes eclesiásticos que todavía quedan. Por tanto los príncipes católicos del imperio tienen necesidad de buena inteligencia entre sí y de una verdadera unión. De ellas podrían esperar todo bien y un feliz resultado en la dieta y aun sin ésta, y mediante las mismas les sería posible abrirse camino para el concilio.»

Juan von der Leyen comunicó a Commendone confidencialmente los impedimentos que hasta entonces habían hecho fracasar la formación de una liga católica. Pero Commendone persistió en su parecer de que si no se resolvían a unir a los católicos y librar-

(1) Carta de 11 de abril de 1561, en Ehses, VIII, 188 s.

(2) Cf. Ehses, Un nuncio, 41 y VIII, 193 s.

(3) *In questo stato sono manco heretici che negl' altri degl' elettori di Colonia et Moguntia et per tutto si vive catolicamente, escribe Ruggieri, loc. cit.

los de su temor y servidumbre, los asuntos religiosos habrían de llegar a una situación casi desesperada. Tampoco el arzobispo de Tréveris parecía exento de miedo. Esto lo mostró en sus declaraciones respecto de la dieta de los príncipes electores, así como en su respuesta en lo tocante a la cuestión del concilio, en la que decía que no se podía presentar en Trento personalmente a causa de los peligros ciertos a que expondría su país con su ausencia (1).

El 19 de abril Commendone estaba de nuevo en Colonia, donde recibió la visita del obispo de Osnabruck, Juan de Hoya. Este prelado, al cual por lo demás Commendone elogia mucho, indicó asimismo vivamente el intranquilo estado del imperio, y los peligros que amenazaban a los obispos que se dirigieran al concilio. Propuso que los arzobispos celebraran sínodos provinciales por encargo del Papa y éstos luego delegaran al concilio algunos obispos; y que los otros obispos se quedasen para defender sus diócesis y las de los demás. No obstante, Commendone se declaró contra la celebración de sínodos provinciales, peligrosos y que absorben mucho tiempo.

La respuesta del concejo de Colonia y de aquella universidad a la invitación al concilio fué satisfactoria. Con todo, a Commendone no se le ocultaba, a pesar de ello, que también en el distrito de Colonia amenazaban graves peligros a la Iglesia. Colocaba grandes esperanzas de alejarlos, en los jesuítas; pero éstos en la metrópoli renana tenían que pelear mucho contra los celos de los clérigos y principalmente de las Órdenes mendicantes. Muy contristado estaba el nuncio por la increíble flojedad de tantos católicos. «Parece enteramente — escribía — como si fueran los nuestros los que confían sólo en la fe sin obras; tan pocas muestras dan de cuidarse de que se ponga remedio a la presente perversidad. Aquéllos, al contrario, aunque están fuera de la verdad y por eso no pueden tener ninguna verdadera unión, procuran no obstante apoyarse unos a otros y darse apariencias de estar concordes.» (2)

Mucho más peligrosa situación que en el arzobispado de Colonia, halló Commendone en el ducado de Cléveris, en cuya

(1) V. las cartas de Commendone, de 14 y 21 de abril de 1561, en Ehses, VIII, 191 y 194. Cf. Reimann, Commendone, 261 s.

(2) Cartas a Borromeo, de 21 y 25 de abril de 1561, en Ehses, VIII, 194 ss.

capital entró el 26 de abril. Aquí la apostasía de Roma había hecho ya grandes progresos. En Cléveris había numerosos herejes. La ciudad de Wesel era casi enteramente protestante; en Dusseldorf un declarado protestante enseñaba a quinientos discípulos, y el predicador de la corte daba al pueblo la comunión bajo las dos especies. Commendone no descuidó hacer al duque Guillermo IV representaciones serias contra esto, pero procedió en ello con gran prudencia. Lo cual era necesario, porque el duque estaba disgustado a causa de la dilación de Pío IV en conceder la licencia para fundar una universidad en Duisburgo (1). Como una apostasía del duque de Cléveris hubiera podido traer en pos de sí incalculables consecuencias, por efecto de la situación de su país, Commendone procuró apaciguarle; recomendó que en Roma tuviesen la mayor condescendencia posible (2). En el asunto del concilio, Guillermo IV mostró la mejor voluntad de enviar embajadores, pero al propio tiempo dió a conocer el deseo de que se concedieran la administración del cáliz a los legos y el matrimonio de los sacerdotes (3).

Desde Cléveris Commendone visitó los Países Bajos. El 29 de abril se dirigió a Utrecht, adonde llegó el 30. Desde allí se encaminó por Dortrecht a Amberes, adonde arribó el 3 de mayo y permaneció allí hasta el 12. Aquí recibió la orden del cardenal Borromeo de llevar también personalmente al rey de Dinamarca la invitación al concilio (4). Si lograba ganar a este poderosísimo príncipe del norte, que además estaba emparentado con las dos cortes principales de los protestantes alemanes, la de Brandeburgo y la de Sajonia, mucho en realidad se habría conseguido. Según la

(1) Sobre este negocio cf. Susta, Curia, I, 109 s.

(2) El negocio se prolongó aún hasta el año 1562. El 15 de junio de 1562 se envió al duque la bula con la antedata de 10 de abril, para la erección de la universidad de Duisburgo; v. Lacomblet, Cartulario, IV, núm. 564; Susta, Curia, II, 211.

(3) A las noticias sobre la permanencia de Commendone en el ducado de Cléveris, conocidas hasta ahora y utilizadas por Reimann, Commendone, 264 s., y Lossen, Cartas de Masio, 331 s., añádese todavía el *Viaggio de Ruggieri, en el cual se dice sobre el estado de la religión en aquel país: «Quanto alla religione il duca non mostra di dissentire in altro dalla fede cattolica che nella communione sub utraque specie ch' egli riceve apertamente; la sua corte è quasi tutta lutherana. Nei stati si vive per il più alla cattolica, ma per tutti i luoghi sono molto heretici. *Bibl. Chigi de Roma.*»

(4) Cartas de Borromeo de 4-7 de marzo de 1561, Lett. di princ., XXII 113; *Archivo secreto pontificio*. Cf. Susta, Curia, I, 199 y Ehses, VIII, 169 s.

actitud que hasta entonces había tomado el rey danés, había ciertamente muy poca esperanza de un buen suceso. No obstante, Pío IV nada quiso dejar de intentar.

Para realizar la visita en Dinamarca Commendone necesitaba especiales salvoconductos y recomendaciones del emperador, los cuales no se podían obtener muy presto. El incansable varón aprovechó este intermedio para seguir trabajando en los Países Bajos por que mandaran embajadores al concilio. El 12 de mayo, por Malinas y Lovaina, se dirigió a Bruselas. Durante su estancia allí (22 de mayo) negoció con la gobernadora Margarita y el cardenal Granvela, los cuales mostraron gran celo por el concilio. Con todo, desaconsejaron el viaje a Dinamarca como peligroso para la persona del nuncio, y no conveniente a la dignidad del Papa. Contra esto opinó Commendone que el servidor debía incondicionalmente cumplir la voluntad de su señor y no podía tomar en consideración su propio peligro (1). En Lovaina el nuncio se había informado de las controversias teológicas que el profesor de aquella universidad Miguel Bayo, anheloso de novedades, había suscitado; enteró de ello a Roma y dió el prudente consejo, que ejecutó también Pío IV, de imponer silencio a Bayo y a sus adversarios (2).

En el obispo de Lieja, Roberto van Berghen, Commendone pudo conocer a un prelado señalado por su erudición y piedad, el cual mostraba vivo celo por el concilio, pero estaba afligido por una grave enfermedad. El 30 de mayo el nuncio abandonó a Lieja. Durante su permanencia en Bélgica habíale ocupado también la cuestión de los obispados allí nuevamente erigidos.

En la ciudad imperial de Aquisgrán, Commendone confirmó al ayuntamiento y a los ciudadanos en su gran celo de la antigua fe. Para enviar al concilio faltaban en la ciudad personas a propósito. En cambio el conde prometió rigurosa observancia de los decretos que en Trento se acordaran (3).

El 2 de junio Commendone desde Aquisgrán dió la vuelta a Amberes y permaneció allí tres semanas aguardando nuevas

(1) Cf. las cartas de Commendone en Ehses, VIII, 205 ss.

(2) Cf. *ibid.*, 221 s.; Pallavicini, 15, 7, 7 s., 11 s.; Susta, I, 34 s., 49 s. El negocio de M. Bayo se tratará más tarde todo seguido.

(3) Sobre la permanencia en Lieja y Aquisgrán cf. la carta de Commendone, publicada por Ehses, VIII, 216 s. La relación de Ruggieri sobre Aquisgrán la he publicado yo en la Revista de la Sociedad de Historia de Aquisgrán (cf. arriba, p. 124, nota 3).

noticias de Roma. El 24 salió para Amsterdam, desde donde se encaminó por Osnabruck a Lubeck. La permanencia en esta ciudad, del todo protestante y muy inmoral, a la que Commendone llegó el 9 de julio, había de extenderse a dos meses enteros y resultar al fin enteramente inútil.

Mientras el concejo de Lubeck estaba todavía irresoluto sobre si debía observar para con el representante del Papa las reglas ordinarias de cortesía diplomática, los predicadores protestantes levantaban el grito desde los púlpitos contra el demonio que había venido, según decían, para inquietar las conciencias y engañarlas con la fábula del concilio. Al fin el concejo se resolvió a no tomar absolutamente en consideración el encargo de Commendone (1). Pero este mal éxito hubiera sido todavía soportable, si no se hubiera frustrado también enteramente la otra tan importante misión con el rey de Dinamarca.

Lleno de celo, Commendone se había declarado dispuesto a llevar la invitación para el concilio aun al rey de Suecia, Erico XIV. Pío IV, que quería confiar esta comisión primero a Canobio, destinado a Rusia, se decidió finalmente, según el consejo de Hosio, por Commendone. Este se había dirigido por escrito al rey de Dinamarca, Federico II, quien empero ni siquiera tuvo a bien contestarle directamente. Escribió sólo el 22 de julio de 1561 al comisario imperial Gaspar de Schöneich, que acompañaba a Commendone en la Alemania del Norte, que negaba la solicitada entrada en su reino, al representante del obispo de Roma, con el cual no tenía relación ninguna (2).

La tanto tiempo deseada respuesta del rey de Suecia, que llegó a fines de agosto de 1561, no sólo guardaba las formas, sino también en el fondo daba todavía alguna esperanza. Erico XIV excusaba su dilación, alegando que no se había podido resolver acerca de su viaje a Inglaterra; decía que como ahora ya se había decidido, dejaba a disposición del nuncio el que fuera a verle

(1) V. Ehses, VIII, 233 y 239 s. Cf. también Illigens, Historia de la Iglesia de Lubeck (1896), 149 s.

(2) Sobre el plan de enviar a Commendone al norte cf. las cartas del mismo en las *Miscell. di stor. Ital.*, VI, 165, 168, 171 s., 176 s., 178 s., 181 s., 186 s., 190 s., 197 s., 203 s.; Biaudet, *Commendones legation till Danmark och Sverige*, 1561; *Finska, Vet. Soc. Förhandlingar*, XLVII, núm. 18, Helsingfors, 1904-5. El breve al rey de Suecia y Noruega, de 5 de diciembre de 1560, se halla en Raynald, 1560, n. 74; Le Plat, IV, 666. Cf. ahora Ehses, VIII, 117, núm. 70.

allí, o esperara hasta su regreso a Suecia. A la carta acompañaba un salvoconducto (1).

Era con todo muy dudoso si sería posible el viaje de Commendone a Inglaterra, pues la reina Isabel había ya antes prohibido que pisara su territorio el abad Jerónimo Martinengo, que le había de llevar una invitación al concilio (2).

Para aguardar el ulterior desenvolvimiento de este negocio, Commendone se resolvió a volver a Amberes. En su difícil situación le consolaba el saber que sus amigos de Roma, los jesuitas y otros religiosos rogaban por él incesantemente (3). El 9 de septiembre salió de Lubeck (4) y se encaminó por Verden, Osnabruck, Munster, Emmerich y Cléveris, hacia Amberes, adonde llegó el 26 de septiembre. Mientras esperaba allí ulteriores noticias, Erico XIV desistió de su viaje a Inglaterra, porque Isabel declaró al embajador del rey de Suecia, que por entonces ella no pensaba casarse. A mediados de noviembre, Commendone, en Bruselas, donde había activado la reorganización de los obispados belgas, recibió del cardenal Borromeo la orden de volver a Roma, y de camino invitar todavía al concilio al duque Carlos II de Lorena (5). En Roma estaban generalmente satisfechos del celo que el nuncio había desplegado durante su legación (6).

El 8 de diciembre Commendone se dirigió desde Bruselas, por Mons y Reims, a Nancy, a la corte del joven duque de Lorena. Allí se encontró con el cardenal Guisa y trató con él de las circunstancias religiosas de Francia y Escocia, donde reinaba la sobrina del cardenal, María Estuardo. Respecto del concilio el

(1) *Miscell. di stor. Ital.*, VI, 233. Ehses, VIII, 252, nota 2.

(2) Cf. Pallavicini, 15, 7, 1-2; Reimann, *Commendone*, 271; Susta, I, 196. Cf. más abajo el capítulo VIII.

(3) Cf. la *carta de G. A. Caligari a Commendone, fechada en Roma a 30 de agosto de 1561, *Lett. di princ.*, XXIII, 32, *Archivo secreto pontificio*.

(4) Con la carta fechada en Lubeck a 1.º de septiembre de 1561, cesa la impresión en las *Miscell. di stor. Ital.*, VI, 235. Las otras cartas, que se hallan en la copia del Registro del *Cod. Barb., fueron utilizadas por Susta (I, 138, 312, 319) y en lo que atañe al concilio, publicadas por Ehses (VIII, 252 s.).

(5) La carta de Borromeo está fechada el 25 de octubre de 1561; v. Susta, I, 312. Sobre el viaje de vuelta v. *Ruggieri, *Viaggio, Bibl. Chigi de Roma*, y Ehses, VIII, 257.

(6) Así lo notificó G. A. Caligari a Commendone, por una *carta escrita desde Roma el 1.º de noviembre de 1561, *Lett. di princ.*, XXIII, 41, *Archivo secreto pontificio*.

duque contestó que se guiaría enteramente por lo que hiciera el emperador (1).

Commendone permaneció en Nancy hasta el 9 de enero de 1562; luego se encaminó por Metz, Tréveris, Coblenza y Wiesbaden a Maguncia. Con dolor observó también en esta antigua ciudad episcopal, que numerosos luteranos procuraban socavar la fe de los habitantes. Tanto le consoló más el ver que el colegio de los jesuítas, poco antes fundado por el príncipe elector Daniel Brendel y sostenido con sus propios haberes, enseñaba muy fructuosamente a la juventud con espíritu católico (2). El 31 de enero Commendone salió de Maguncia para dirigirse por Francfort y Aschaffenburg a Wurzburg. El obispo de allí, Federico de Wirsberg, honró de todas maneras al representante del Papa; no obstante, por efecto de su ancianidad no estaba en situación de emprender el viaje a Trento. Respecto a religión las cosas estaban bastante bien en la diócesis de Wurzburg, pues el obispo empleaba todos los medios para conservar en el pueblo la fe católica. También en el obispado de Bamberg, que Commendone visitó el 9 de febrero, los católicos tenían todavía la preponderancia; el pueblo era en su mayor parte católico, al contrario la nobleza era adicta a las nuevas doctrinas. Para lo por venir era de temer que se empeorara la situación por causa de la persona poco a propósito del obispo (3).

Desde Bamberg el nuncio fué a Nuremberg, donde se había prohibido todo culto católico. Después volvió a territorio católico. En Eichstätt, Ingolstadio y Frisinga, la antigua Iglesia estaba todavía incommovible, pero no faltaban herejes, principalmente en la Baviera inferior (4). Con todo la actitud católica del duque Alberto, que asistía diariamente a misa, dejaba esperar que no se

(1) V. Pallavicini, 15, 8, 8. Cf. Lagomarsini, De scriptis, II, 82 s.

(2) Cf. Hansen, La Orden de los jesuítas (1896), 392; Duhr, I, 103 s.; Heidenheimer, loc. cit., 119 (v. arriba, p. 224, nota 3). Sobre este príncipe elector, a quien Commendone visitó en Aschaffenburg, observa *Ruggieri que es bueno y católico, ma quasi tutta la sua corte è lutherana e massimamente i principali. El pasaje que cita Lagomarsini (II, 96) como procedente de Graziani, parece ser un extracto de Ruggieri.

(3) Cf. *Ruggieri, Viaggio, Biblioteca Chigi de Roma; y además Lagomarsini, II, 96 s.

(4) *Quanto a la religione in tutti i luoghi si celebra la messa et si dicono tutti gli altri uffizii, ma per tutto sono heretici et nel inferior Baviera ce n' è maggior copia. Ruggieri, loc. cit.

llegaría allí a un trastorno religioso. Cuando Commendone arribó a Munich el 11 de febrero, el duque estaba cabalmente a punto de enviar a Pío IV un embajador, que debía hacer su camino por Trento. Desde Munich Commendone emprendió la vuelta hacia el sur (1).

Mientras él, en las partes norte y oeste del imperio, se afanaba prudente, comedido y apacible (2), su colega y paisano *Delfino* trabajaba con celo no menor en el distrito a él señalado para ejercer la legación (3). A mediados de febrero de 1561 se había dirigido desde Naumburgo, por el Voigtland, primeramente a Franconia. Como italiano padeció mucho con el desacostumbrado clima. La nieve y la lluvia habían reblandecido los caminos, de suerte que el viaje fué muy penoso. No obstante, Delfino hizo todo lo posible para adelantar rápidamente. Visitó primero a Bamberg, luego a Nuremberg y Wurzburg, desde donde hizo una excursión a Mergentheim para verse con el gran maestre de la Orden Teutónica (4). Por Francfort fué luego a Maguncia, Worms, Espira (5), y finalmente a principios de mayo de 1561 a Estrasburgo. Por lo que tocaba al concilio, halló que en todas partes estaban de acuerdo las opiniones sobre su necesidad, pero sólo los menos de los invitados querían presentarse en Trento. Los obispos certificaban a la verdad todos que se someterían al concilio, pero se resistían a emprender personalmente el largo camino. Unos se excusaban con su enfermedad o debilidad senil, otros con su pobreza, y otros también con los peligros que con su ausencia se originarían para sus diócesis. En las ciudades imperiales se hicieron al nuncio las acostumbradas demostraciones honoríficas, pero las contestaciones que recibió, eran enteramente desagradables;

(1) Según *Ruggieri, loc. cit., Commendone salió de Munich el 27 de febrero de 1562. Después de haber informado en Trento a los legados del concilio sobre sus trabajos, partió de allí el 15 de marzo y el 17 llegó al distrito veneciano de Mestre. La relación final de Commendone a Borromeo, de 8 de marzo de 1562, está ahora publicada en Ehses, VIII, 281 s.

(2) Cf. el juicio de Ehses, Un nuncio, 44.

(3) Las fuentes para la misión de Delfino son muchas menos que las existentes para la legación de Commendone; pero en cambio hay de ellas una excelente edición, hecha por Steinherz, I, 341-398.

(4) Cf. la relación de Delfino al cardenal Hérc. Gonzaga, de 19 de marzo de 1561, en Steinherz, I, 346. La respuesta del concejo de Nuremberg a Delfino se halla en Sickel, Concilio, 182 s.

(5) V. Steinherz, I, 350 s.